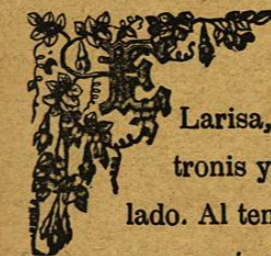


gués. El apocado monarca se entregó entonces á discreción del gabinete inglés; Hyde de Neuville, que había comprometido á su patria, fué llamado por Villele; Pamplona cayó en desgracia, y Palmella, ahora omnipotente, pasó á Inglaterra para tratar del asunto del Brasil. La corte de Londres se encargó de mediar, como Canning deseaba, y el diplomático inglés, Carlos Stuart, trasladóse á Lisboa y obtuvo de Juan VI, el trece de Mayo de mil ochocientos veinticinco, que le entregase una carta renunciando á sus derechos sobre el Brasil en favor de su hijo primogénito. De Lisboa, Stuart marchó á Río-Janeiro, firmándose por sus gestiones un tratado en debida forma entre la colonia y su metrópoli, el veintinueve de Agosto. Antes de finalizar el año que corría, la independencia del Brasil estaba reconocida no sólo por Portugal, sino por Europa. Nada se había dicho de los derechos de don Pedro á la corona de su padre, y este silencio estaba preñado de peligros para lo porvenir; pero Canning no acostumbraba á afrontar las dificultades hasta que se presentaban, y tenía sobrado talento para no sorprenderse ó atemorizarse ante cualquier eventualidad. Por el momento, le bastaba con haber asegurado en América numerosos mercados al comercio inglés, que, bajo el creciente influjo de las nuevas doctrinas libre cambistas, iba á desarrollarse en breve de modo prodigioso. Bajo su administración inteligente, liberal y patriótica, Inglaterra se había elevado en pocos años á un alto grado de poder é inferido á la Santa Alianza fuertes golpes, que no debían ser los últimos; podía estar satisfecho de su obra.



## CAPÍTULO VIGÉSIMO

La emancipación de Grecia.



El esfuerzo realizado por Turquía en mil ochocientos veintidós, para someter á los griegos, había resultado inútil. Mahmud, que sitiaba á Larisa, tuvo que levantar el cerco de esta plaza, y, sorprendido por Kolokotronis y su sobrino Nikitas, apodado *Tragaturcos*, fué casi totalmente aniquilado. Al tener noticia de la tremenda derrota, Kurchid-Bajá temió el castigo y se envenenó. Al año siguiente, envió otro ejército el Sultán á las provincias helénicas; pero esta nueva tentativa para dominar la insurrección fracasó, como la precedente. El ejército turco no pudo tomar á Anatólico, defendido por el inglés Martín, con seiscientos hombres, y debió regresar al Epiro, en mal estado. Los griegos sufrieron en esta campaña la pérdida de Marcos Botzaris, su héroe más admirado y popular, que murió en una sorpresa nocturna llevada á cabo contra la vanguardia enemiga cerca de Carpenisi, el veinte de Agosto de mil ochocientos veintitrés. Su hijo Constantino, digno de tal padre, vengó su muerte.

La retirada de las fuerzas otomanas ensoberbeció á los griegos, entre cuyos jefes renacieron con más brío que nunca las antiguas querellas y rivalidades. Hasta hacía poco, habían subsistido al lado del poder central, reduciéndolo á la impotencia, los tres gobiernos locales constituidos en mil ochocientos veintiuno, uno en Morea, otro en la Grecia occidental y el tercero en la oriental. La asamblea nacional, reunida en Astros en Febrero de mil ochocientos veintitrés, pudo suprimirlos, no sin trabajo; pero no consiguió extin-

guir la pugna existente entre los partidarios del régimen civil (*los primates*) y los del régimen militar (los jefes *palikaros*), ni la que había entre los representantes de Morea deseosos de asumir la dirección general de los negocios, los de Rumelia, que querían el mando supremo para sí, y los insulares, que no se conformaban sino con tenerlo ellos. Kolokotronis, discolo é intratable, hizo que le nombrasen individuo del poder ejecutivo, y montando en cólera al saber la elección de Maurocordatos para presidente de la asamblea, obligó con amenazas de muerte al insigne repúblico á marcharse á Hydra. Huyendo de Kolokotronis, que había intentado disolverla, la representación nacional se refugió en Cranidi, destituyendo á Kolokotronis y sus colegas y nombrando otro poder ejecutivo, bajo la presidencia de Jorge Konduriotis. Hubo con esto dos gobiernos y dos asambleas. El gobierno legal trasladó su residencia á Nauplia, dirigiéndose desde aquí con gente armada sobre Tripolitza, que era donde el jefe de los rebeldes había establecido su cuartel general. La guerra civil promovida por Kolokotronis continuó hasta Julio de mil ochocientos veinticuatro: derrotado, al fin, el fiero palikaro, le concedieron el beneficio de una amnistía. A poco, sin embargo, en Octubre, Kolokotronis, disgustado al ver que la asamblea renovaba los poderes [de Konduriotis, alzabase nuevamente contra la autoridad legítima, necesitándose tres meses para reducirle á la obediencia: esta vez lo internaron en Hydra. Casi al mismo tiempo, otro jefe militar, el codicioso y astuto Odisses, que se enseñoreaba de la Grecia oriental y no perseguía más fin que el de constituir un principado en provecho propio, tenía en jaque al gobierno regular. Vencido y humillado, se vendió á los turcos, á quienes sirvió hasta que Guras, antiguo lugarteniente suyo, le hizo prisionero y encerró en la acrópolis de Atenas, apareciendo ahorcado algunas semanas después al pie del castillo. Los demás caudillos de la insurrección helénica campaban también por sus respetos, aunque no todos se levantasen en armas contra el gobierno. La mayor parte no hacían la guerra sino cuando y como se les antojaba, y no recibiendo paga del Estado, vivían del saqueo y el pillaje. Los soldados imitaban á sus jefes, y las fuerzas navales no andaban mejor que las de tierra. Los marineros griegos eran simultáneamente patriotas y piratas. So pretexto de dar caza al enemigo, los corsarios del Archipiélago perseguían y capturaban indistintamente los navíos de todas las naciones. Los almirantes helenos no podían acometer ninguna empresa formal; pues los marineros se engancharon á lo más por un mes y, con frecuencia, dejaban el servicio antes de cumplirse el plazo del ajuste.

La causa griega habría perecido sin remedio, por efecto de las discordias y anarquía que reinaban entre sus defensores, á no tener enfrente un enemigo falto de disciplina, de cohesión y, sobre todo, de recursos. La Puerta no encontraba ya dinero ni soldados sino á costa de muchas fatigas. Para hacerse de fondos, falsificaba la moneda y obligaba á los particulares á entregarle sus objetos de plata. En el mar, carecía de hombres entendidos;

en tierra, no podía contar con la fidelidad de los albaneses, que generalmente guerreaban por su propia cuenta y á menudo trastornaban con propósito deliberado los planes de los generales otomanos, á fin de prolongar la guerra. La población cristiana de todas las provincias del imperio le era sordamente hostil, y en la mahometana cundía el desaliento. La retirada que operó el ejército turco en Diciembre de mil ochocientos veintitrés había sido desastrosa. La fortaleza de Acro-Corinto, que dominaba el paso entre Morea y la Grecia continental, cayó en poder de los helenos. El nuevo almirante bajá, Khozrew, no pudo abastecer las plazas de Patras, Modón y Corón, que el Sultán poseía aún en las costas del Poloponeso, y hostigado sin descanso por *Miaulis* (Andrés Vocos), viejo marino de Hydra, regresó sin gloria á las aguas de Constantinopla.

Turquía, agotadas sus fuerzas casi por completo, no era capaz de reunir más de diez mil hombres en ninguno de los tres teatros de la guerra, Grecia occidental, Grecia oriental y Morea. En este apuro, Mahmud no tuvo más escape que volver los ojos al bajá de Egipto, Mehemet-Alí, poderoso vasallo, á quien odiaba y cuya cabeza hubiese querido le envasen, cómo la de Alí de Janina. Mehemet-Alí había organizado un numeroso ejército á la europea y poseía una armada regular, con los que conquistara los territorios africanos vecinos y parte de la Arabia. Ya antes, el Sultán había solicitado el auxilio del bajá de Egipto, para restablecer la dominación musulmana en las islas de Chipre y Candia. En esta última, la lucha, valerosamente sostenida en nombre de los griegos, primero por Afentulis y luego por Tombazis, acababa de terminar, después de dos años de duración. Es imposible referir las atrocidades cometidas por las tropas egipcias en la antigua Creta; bastará, para formarse idea de ellas, con referir dos hechos. Fué el uno que, habiéndose ocultado en los alrededores de Melidoni trescientos setenta fugitivos, sus perseguidores los asfixiaron, tapando la entrada con grandes hogueras; consistió el segundo en que, poseedores los egipcios de cerca de dos mil prisioneros, entre hombres y mujeres, hechos en Melato, sacaron á las mujeres de más edad y las condenaron á morir bajo los pies de los caballos, vendieron las jóvenes como esclavas, quemaron vivos á los sacerdotes y pasaron á cuchillo al resto del pueblo. Mehemet-Alí no hacía nada graciosamente, y una vez recuperadas Chipre y Creta, tuvo Mahmud que cederle el gobierno de estas islas; y cuando ahora requirió su apoyo en el Peloponeso, forzado por las circunstancias, como hemos dicho, y aconsejado por Austria, que anhelaba el triunfo de la Puerta, el ambicioso bajá no le negó sus servicios, pero se los tasó en elevado precio, consistente en ser nombrado bajá de Morea su hijo Ibrahim, que debía mandar la expedición. Dispusiéronse en seguida formidables armamentos en Alejandría y el Cairo, y á fines de Julio de mil ochocientos veinticuatro, se puso á la vela la flota del bajá, compuesta de cincuenta y cuatro navíos de guerra y cuatrocientos mercantes, con diez y seis mil setecientos hombres de desembarco y ciento cincuenta piezas de artillería de campaña. Ibrahim llevaba el man-

do del ejército de tierra, y Hassam-bajá, yerno de Mehemet-Alí, que había conducido la empresa de Creta, el de la Armada.

A fin de mantener expeditas sus comunicaciones con Egipto, Ibrahim, de acuerdo con el capitán-bajá, dedicó los primeros meses á verificar algunas operaciones por mar. Secundando sus planes, Khozrew atacó á Psara, cuyos habitantes cegaron el puerto con piedras, y cuando ya no pudieron resistir más, encerráronse en su último fuerte, llamado Paleocastro, con sus mujeres é hijos y dos mil turcos, y volando la fortaleza, perecieron todos. Los moradores que antes lograran huir fundaron la ciudad de Hermópolis, en la isla de Sira, que fué pronto la primera plaza marítima de la nueva Grecia. Psara quedó convertida en nido de piratas. Khozrew marchó después sobre Samos; pero aquí la victoria le rehusó sus favores. En el mes de Septiembre, se reunieron en Budrun (Halicanaso) la flota turca y la egipcia. El arrojado Miaulis no había podido acudir á tiempo de salvar la isla de Psara; pero penetró con atrevimiento sin igual en la bahía de Budrun para incendiar las naves enemigas. Khozrew, temiendo á sus brulotes y disgustado además con Ibrahim, se retiró con sus buques á los Dardanelos, y el egipcio se ocultó con los suyos detrás de Rodas, tomando en Diciembre cuarteles de invierno en Creta. En este punto recibió refuerzos considerables, merced á los cuales pudo enviar, en Febrero de mil ochocientos veinticinco, dos fuertes divisiones á Morea, no tardando en seguirlas él mismo con el grueso de sus tropas. En Marzo desembarcó en Modón y fué sobre Navarino, posición marítima de primer orden, de que quería hacer la base de sus operaciones.

Grecia no había combatido con enemigo tan terrible. Salida apenas de la guerra civil, Ibrahim la pillaba de improviso. El presidente Konduriotis reunió á escape algunas tropas y marchó al encuentro del enemigo; mas no era hombre de guerra é inspiraba poca confianza á las palikaros, aparte de que los griegos estaban desmoralizados con la superior táctica de los egipcios. Ibrahim le atacó en Cremidi y lo derrotó fácilmente. Un mes más tarde, el diez y ocho de Marzo, Navarino, asediada por tierra y por mar, se veía obligada á capitular. Miaulis entró en el puerto de Navarino é incendió veinte buques egipcios, pero con ello no impidió el avance de las armas de Ibrahim. Presa de la más cruel angustia, los partidos helenos se reconciliaron, y Kolokotronis, á quien se amnistió de nuevo, fué nombrado generalísimo á petición del pueblo, encargándosele la defensa del Peloponeso. El bravo mainota hizo esfuerzos desesperados para detener á los invasores, á pesar de lo cual Ibrahim se apoderó de Tripolitza y continuó su marcha hacia el oeste. El veintidós de Junio, el bajá se encontraba cerca de Mili, á unas leguas de Naulia, asiento del gobierno griego. Las ventajas que Miaulis y Sachturis alcanzaban en el mar, no eran bastante decisivas para obligar á retroceder á los egipcios. Deseoso de que toda la gloria no fuese de éstos, Mahmud mandó al seraskier Rechid-Mehemet-Bajá,

guerrero temible, contra Missolongi, diciéndole: «Missolongi ó tu cabeza». Esta plaza había sido fortificada con nuevas obras defensivas y pertrechada de víveres y municiones; su comandante era Noto Botzaris, tío del difunto Marcos, que disponía de cuatro mil hombres. Europa entera clavaba sus miradas en Missolongi. El insigne poeta lord Byron corrió en auxilio de la plaza sitiada, y aconsejó, entusiasmó á los griegos, se batió con ellos: desgraciadamente, el diez y nueve de Abril murió, víctima de una enfermedad contraída en aquella atmósfera deletérea.

Grecia parecía destinada á perecer. En aquellos críticos momentos, empero, reanimó su valor la esperanza de recibir de fuera el apoyo que antes solicitara en vano. Gobiernos que hasta entonces la miraran con indiferencia ó mala voluntad, comenzaron á demostrarle su afectuosa solicitud. Para explicarse este cambio, no basta tener presentes los cálculos de la diplomacia; es preciso, en primer término, hacerse cargo del movimiento que se había producido en la opinión del mundo civilizado desde los comienzos de la guerra. Debemos con este motivo exponer, siquiera sea sumariamente, el nacimiento del filo-helenismo y los progresos que realizó de mil ochocientos veintiuno á mil ochocientos veinticinco.

A fines del siglo XVIII y principios del que corre, era ya sensible la regeneración intelectual y moral de los griegos, lo que les atrajo las simpatías de varones eminentes, como el inmortal poeta inglés antes citado, Chateaubriand y otros. Cuando el despertar de la nacionalidad helénica se afirmó no sólo con palabras sino con actos, no hubo en toda Europa causa más popular que la de aquel pequeño pueblo, del cual se contaban sólo las heroicidades y sacrificios y no las miserias de sus jefes, porque al fin luchaba en pro de la civilización y el Cristianismo contra la barbarie y el Islam, mientras no se omitía ninguna de las ferocidades y tropelías de los turcos. La muerte inicua del patriarca Gregorio fué un desafío lanzado á la Cristiandad, y las llamas que devoraron la riqueza de la isla de Chio cubrieron de rojos resplandores el horizonte del continente europeo. En Francia, revolucionarios, liberales, moderados y ultra-realistas se unieron en un común sentimiento de admiración á los valientes campeones de la independencia helénica. Periódicos, revistas, folletos, libros popularizaron sus nombres y realizaron sus hazañas. El entusiasmo se propagó á Italia, á Inglaterra, á Alemania, á todos los pueblos cultos. En Stuttgart, Munich, Zurich, Berna, Ginebra, Marsella, algo después en Londres, en Edimburgo, más tarde hasta en los Estados-Unidos, formáronse comités para alistar voluntarios y recoger fondos con que proteger la insurrección. En los dos primeros años de la guerra, salieron de Marsella ocho expediciones de filo-helenos. Los gobiernos trataron al principio de contener un movimiento que consideraban peligroso; mas nada lograron. Cuando se estimó vencida por largo plazo la revolución en Italia y en España, muchos de los que juraran odio implacable al despotismo, marcharon á Grecia á se-